

ya adormecidas. Al tratar un batallón de infantería de disolver una de esas bandas, en el boulevard de Capuchinas, resonó un tiro de pistola y mató á un soldado. Creyéndose atacada la tropa hizo fuego quedando en el suelo cincuenta y dos personas muertas ó heridas. En seguida resonó por todas partes la palabra traición. Y la multitud, después de colocar en un carro los muertos, se puso en marcha al resplandor de las antorchas, en dirección de la Bastilla, gritando : « ¡Vengüemos á nuestros hermanos! » La revolución empezaba.

Sin embargo, persuadido Luis Felipe de que el partido político representado por Molé era demasiado débil para sostener el choque, había hecho llamar á Thiers. Este último lo excitó á dar un paso más, permitiéndole tomar como colaborador á Odilón Barrot. El mariscal Bugeaud, encargado del mando general de los tropas que había en París, pasó la noche preparando el plan de la batalla, y, aunque sabía que el combate sería terrible, se consideraba seguro de vencer la sublevación.

Pero el 24, los nuevos ministros, temerosos de que hubiese lucha, y persuadidos por otra parte de que su advenimiento bastaba á calmar los espíritus, obtuvieron del rey que el mando fuese confiado al mariscal Gérard. Luis Felipe consintió en ello, y esto fué causa de su pérdida antes de que terminase el día.

Las tropas, que recibieron órdenes de batir en retirada se vieron así desarmadas. No tardó en empezar el fuego de fusilería por la parte del Palais-Royal, y el peligro tomó grandes proporciones. Luis Felipe se vió obligado á abdicar, y escribió estas melancólicas palabras : « Abdico esta corona que el voto nacional me había llamado á ceñir, en favor de mi nieto el conde de París. ¡Quiera el cielo que éste pueda salir adelante en la ardua tarea que hoy le incumbe. » Inmediatamente salió de las Tullerías con la reina Amelia, la duquesa de Nemours y el duque de Montpensier. Después de corta estancia en las residencias de Saint-Cloud

y de Trianón, salió para Dreux, á donde llegó en la tarde de aquel mismo día, pasando luego á Inglaterra, para instalarse, con el título de conde de Neully, en Claremont. hasta su muerte, ocurrida en 26 de agosto de 1850.

CAPÍTULO II.

ESTADO DE LAS LETRAS, DE LAS ARTES Y DE LAS CIENCIAS DESDE 1815. — ROMÁNTICOS Y CLÁSICOS. — INFLUENCIA DE LAS LITERATURAS EXTRANJERAS. — NUEVAS APLICACIONES DE LA CIENCIA Á LA INDUSTRIA.

La Restauración había sido para las inteligencias el despertar de la libertad. La censura había sido abolida, y si bien los excesos del periodismo obligaron á los poderes públicos á restablecerla en ocasiones, y dentro de ciertos límites, no cabe desconocer que los escritores no tenían cortapisa ninguna para la publicación de sus obras. Entonces surgieron nuevas escuelas. La lucha de los clásicos y de los románticos renovó en cierto modo la poesía y las artes. Por su parte las ciencias, multiplicando sus aplicaciones á la industria, dieron como resultado descubrimientos que causaron una verdadera transformación social.

§ I. — *De las letras. — Románticos y clásicos. — Influencia de las literaturas extranjeras.*

De la acción del gobierno sobre las letras.

— Luis XVIII, que era literato distinguido, sentía gran placer en proteger las letras, las ciencias y las artes. Así que se vió en el trono de sus mayores, su primera atención fué reorganizar la Academia. De esta misión fué encargado Vaublanc, que dividió el Instituto en cuatro clases : la *Academia francesa*, la de *inscripciones y Bellas Letras*, la de *Ciencias*, y la de *Bellas Artes*. La *Academia de ciencias morales y políticas*, que había sido suprimida en 1803, no fué restablecida hasta 1832.

La Academia francesa, que por de pronto tuvo más bien carácter político que literario, fué impulsada por

la oposición á efectuar nombramientos más elevados. Así fué que acogió en su seno á Royer Collard y á Barrante, tomando nueva dirección á impulsos de Villemain. Sacy, Quincy y Abel de Remusat cubrieron de gloria á la Academia de Inscripciones con sus brillantes trabajos.

El Colegio de Francia, por tantas razones caro á los descendientes de San Luis, vió aumentar su importancia. Daunou enseñó en él la historia, Andrieux la literatura, y Tissot comentó á Virgilio; pero esta enseñanza, destinada á completar la instrucción de la juventud, estaba demasiado á menudo en abierta oposición con el gobierno que la protegía. Daunou era filósofo y republicano en sus lecciones; Andrieux incrédulo y burlón á estilo de Voltaire, y Tissot hallaba, al explicar las obras maestras de Virgilio, ocasión para hacer frecuentes alusiones hostiles á las monarquías antiguas.

Nada pudo compararse en brillo y reputación con la facultad de letras. La Sorbona no ha tenido nunca la fama que entonces le dieron las elocuentísimas lecciones de Villemain; Guizot y Cousin. La literatura, la historia y la filosofía no habían tenido nunca mejores intérpretes. Villemain trataba de la literatura del siglo XVIII examinándola á la vez que las instituciones, y más bien que apreciar la forma literaria de sus producciones señalaba la influencia ejercida por éstas en la sociedad. Guizot profundizaba la historia y buscaba en el estudio del pasado la inteligencia de su época. Cousin trazaba á grandes rasgos la historia de la filosofía y la filosofía de la historia en provecho de su eclecticismo.

Si bien el gobierno favorecía este movimiento intelectual, no desconocía lo que de hostil hacia él presentaba. La enseñanza del derecho degeneraba con demasiada frecuencia en discusiones políticas y en interminables debates sobre la constitución de las sociedades; el materialismo de Broussais, ligeramente mo-

dificado por el sistema de Cabanis, dominaba en las escuelas de medicina; la escuela politécnica seguía siendo eminentemente republicana, y en los colegios se enseñaban las más intranquilizadoras doctrinas. Estos excesos, respecto de los cuales no podía cerrar los ojos el gobierno, necesitaron algunas represiones, y obligaron al poder á tomar medidas para luchar contra tendencias capaces de causar su ruina. Sin embargo, lo que prueba que estas medidas no tuvieron nada de exagerado, es que, cuando se examinan las producciones de aquella época, se ven manifestarse, con análoga libertad, las más opuestas opiniones.

De la influencia de las literaturas extranjeras. — Alemania, que hasta mediados del siglo anterior se había inspirado en la literatura francesa, empezó entonces á poseer su literatura propia. Lessing expuso en su *Laocoon*, las relaciones que existen entre la poesía, la pintura y la escultura y, en general, entre todas las artes, llegando á crear una nueva doctrina literaria.

Goethe (1749-1832) fué el poeta cuyo genio independiente se encargó de romper los antiguos moldes, abriendo á sus contemporáneos horizontes hasta entonces desconocidos. Este escritor nació en Francfort del Mein, y su niñez fué entristecida por crueles enfermedades que desarrollaron sus ya nativas tendencias á la soledad y la melancolía. La lectura de Shakspeare le hizo tomar aversión hacia el gusto literario francés; de este modo dió libre curso á su imaginación, proclamando la independencia como primera condición de lo bello.

Alemania entera acogió con admiración su tragedia histórica de *Götz de Berlichingen*, y se apasionó de su novela *Werther*. La moral de este escrito no era por desgracia muy pura; pero el encanto de la forma oscurecía los errores de fondo, y entre los jóvenes se hizo moda adoptar aires de Werther, es decir, presentarse como talentos desconocidos y genios perseguidos;

se llegó hasta admirar el suicidio que el autor había cometido la falta de enaltecer.

El más ilustre de los discípulos de Goethe, Schiller (1759-1805), debió también á Shakspeare su vocación de poeta. Su primer drama célebre, los *Bandidos*, que escribió á los veintiún años, es una especie de declamación contra la sociedad. En él pinta con exaltación las vergüenzas é infamias que degradan á la especie humana, y saca conclusiones favorables á los que las cometen. Este original y monstruoso trabajo causó impresión tan viva en toda Alemania, que hubo jóvenes dispuestos á formar en los bosques bandas como las que por tan brillante manera describió Schiller.

Después de dar á luz otros trabajos, este gran poeta fué á Weimar, donde conoció á Herder y Wieland; luego pasó á Rudolstadt, donde trabó amistad con Goethe, quien logró que lo nombrasen profesor de historia en Jena. Allí publicó, al cabo de estudios muy serios, su gran trilogía de *Wallenstein*, y su tragedia *Guillermo-Tell*, que pasan por ser sus obras maestras. Desde el principio fué su sistema dramático una especie de hostilidad preconcebida contra el teatro francés. Expuso sus principios de estética en diversos tratados sobre la gracia y la dignidad, sobre lo sublime y lo patético, esforzándose en justificar sus innovaciones con argumentos fundados en la contemplación de la naturaleza,

Esta nueva escuela, que procedía de Inglaterra por Shakspeare, ejerció á su vez influjo sobre los más célebres autores británicos. El genio de Byron (1788-1824) tomó como modelos y maestros á Goethe y Schiller. Escéptico y amargo como éstos, su espíritu se impregnó de este carácter de su personalidad; él fué el héroe de su *Childe-Harold*, poema en que pinta con rasgos fulgurantes los tormentos que le causaban su inquieta y enfermiza imaginación, así como sus insaciables pasiones. La nueva poesía fué leída con avidez, porque todos hallaron allí, revestidos de magnífico lenguaje,

los sentimientos generales de entonces, producto del horrible vacío en que había sumido las almas la negación de toda creencia.

Como la pasión de los viajes se unió á las demás que ya lo atormentaban, Byron recorrió España y Portugal, pasando luego á Oriente, donde estudió la Grecia, exploró la región de Troya y visitó Constantinopla. Al fin volvió á Inglaterra, aunque no tardó en abandonarla para visitar Francia, Alemania é Italia. Este poeta se convirtió en eco de los sentimientos que observó en sus peregrinaciones, y su genio, al reproducir tantas ideas diversas, tomó el aspecto aventurero y cosmopolita de su vida.

El embellecimiento del pasado, y la introducción de los hechos históricos en medio de las creaciones fecundas de la imaginación exaltada, cosas debidas á Goethe y Schiller, inspiraron á Walter Scott (1774-1832) sus novelas históricas, en que la verdad de los sucesos y el carácter conocido de los personajes, se unen con encanto tan grande á los adornos de la fábula.

Del romanticismo. — Alemania había visto surgir en su seno otros escritores de genio. Klopstock (1724-1813) había escrito su *Mesiada*, que le dió puesto eminente entre los poetas épicos; Gessner (1730-1788) se immortalizó con los idilios que le inspiraron los risueños paisajes de su querida Helvecia; Herder (1744-1803) se distinguió por la universalidad de sus conocimientos; los Schlegel y los Stolberg llamaron la atención pública á la vez como poetas, críticos, filólogos é historiadores, y Suiza halló en Juan de Muller su historiador nacional (1752-1812).

Mad. de Stael quiso revelar á Europa las riquezas literarias que poseía el genio germánico; pero su libro *De la Alemania* fué prohibido por la censura. La guerra, la conquista y la invasión lo reemplazaron. Al penetrar las tropas francesas en el corazón de Alemania, no pudieron permanecer extrañas á las obras de los poetas y prosistas de dicho país; y cuando la paz de-

volvió á los ánimos la calma y el tiempo, los vencedores se pusieron á estudiar la historia, la filosofía y el teatro, tales como habían surgido de los trabajos de Goethe y Schiller.

Por de pronto se trabó encarnizada lucha entre *clásicos y románticos*. Los primeros, que eran partidarios de las antiguas tradiciones, pretendían que después de Aristóteles, de Cicerón, Quintiliano y Boileau, no quedaba por decir nada sobre la belleza literaria, y que sólo se podía innovar con detrimento del gusto. Por el contrario, los segundos suponían que no era posible contener así el empuje del genio y encerrarlo de manera perpetua en un círculo de ideas determinadas. Por lo demás, parecían que se exageraba mucho el mérito de los Boileau, de los Racine, y para sostener su sistema, atacaron sin reparo la inmortal reputación de estos escritores.

Uno de los principales jefes de la nueva escuela, Víctor Hugo, quiso hasta lograr que desapareciese de la escena la tragedia reemplazándola por el drama, que le parecía la obra más conforme con la naturaleza. Asustados los clásicos por esta invasión del romanticismo, que parecía poner en peligro las antiguas glorias literarias, tuvieron la idea de recurrir á la corona, rogando al poder real que usase de su autoridad para cerrar el teatro á la nueva escuela; pero Carlos X respondió con tanto buen gusto como gracia. « En el teatro, no tengo más que mi palco. »

Mientras Víctor Hugo daba nueva vida en la literatura al liberalismo de Goethe y de su escuela, Alfredo de Vigny procuraba familiarizar el gusto francés con los atrevimientos y la desigualdad de Shakspeare, mientras Villemain hacía populares, por medio de sus lecciones, los grandes nombres de Pitt, de Fox, de Burke y Shéridan, así como los escritores favoritos de la Gran Bretaña, Pope, Addison, Moore, Walter Scott y Byron.

Este contacto con las literaturas extranjeras reanimó el genio nacional francés abriendo á los escritores

nuevas vías; así se vió que era posible renunciar á las metáforas gastadas y á la ficticia elegancia tan celebradas por el clasicismo, sin violar las reglas del buen sentido y los eternos aforismos de la razón, según lo aconsejaban los románticos en el desdén de toda ley y principio de que hacían alarde.

De la poesía. — La política, que invadía todo entonces, penetró hasta en el dominio de la poesía, y le dió necesariamente carácter satírico. Desaugiers y Chazet atacaron en sus canciones á los bonapartistas y á los liberales, que fueron defendidos por la ardiente abnegación de Viennet; pero los poetas que celebraron de manera más brillante la monarquía fueron Lamartine y Víctor Hugo.

El primero dió á luz en 1820 sus *Meditaciones poéticas*. Este libro efectuó en la poesía revolución análoga á la que causara el *Genio del cristianismo* en las letras durante el consulado. Todo el mundo estaba harto de goces sensuales y sentía necesidad de elevarse por medio del pensamiento á otro mundo mejor. Lamartine, impulsado sólo por su corazón, dió forma al sentimiento religioso en sus más hermosas y enternecedoras aspiraciones, y el lector se dejó transportar hacia las regiones etéreas encantado por sus versos.

También Víctor Hugo compuso sus primeras odas bajo la inspiración de la idea religiosa y monárquica. En efecto, cantó todos los aniversarios de la Restauración, celebró la gloria del duque de Angulema y del ejército de España, y describió en pomposos versos la gran ceremonia de la coronación de Carlos X en la catedral de Reims. Este poeta no tenía la gracia y armonía de Lamartine, pero á menudo arrastraba los ánimos por la vivacidad de la expresión y el poder del colorido. La opinión los colocó casi inmediatamente en la misma categoría, y ambos fueron los herederos de la popularidad de que disfrutaran durante el imperio la poesía descriptiva de Delille, los acentos tan suaves de Millevoye y las elegías de Soumet.

Pero mientras estos versos se elevaban como un incienso hacia la religión y la monarquía de la San Luis, los partidos contrarios tenían también sus escritores inspirados. Casimiro Delavigne fué el poeta del partido liberal. Sus primeros acentos habían sido un *Ditirambo sobre el nacimiento del rey de Roma*. Al ver ocupado por el extranjero el suelo de la patria, sintió su corazón desgarrado y, en la amargura de sus penas, suspiró sus *Mesianas*. Delavigne expresaba en hermosos versos cuanto se leía todas las mañanas en el *Constitucional* y esta coincidencia contribuyó á su popularidad.

El mismo espíritu lo acompañó en el teatro. Las *Visperas sicilianas* se dirigían á las pasiones del momento. Haciendo salir á la escena conquistadores humillados, y que el pueblo oprimido degüella, hizo comprender á sus concudadanos que la libertad es una conquista que no exige sino voluntad y energía. En *Marino Faliero* representó la lucha de la aristocracia contra las clases inferiores, y en el *Paria* declamó contra lo que entonces se llamaba la teocracia y las preocupaciones de religión y de nacimiento, que los liberales no cesaban de denunciar á la multitud.

Pero estas composiciones se dirigían á un público selecto. El cantor popular, el poeta cuyas composiciones son conocidas hasta en la más humilde choza, fué Beranger (1780-1837). Hijo de padres pobres, su educación dejó bastante que desear; pero al fin acabó por hallar en Luciano Bonaparte un generoso protector. Después de ensayos diversos, volvió sus ojos hacia la canción, que en sus manos debía elevarse á las alturas de la oda. Los miembros del *Caveau* lo recibieron en su sociedad, y Beranger cantó como ellos el placer, no tardando en ser saludado por todos como un maestro.

Al conceder la Restauración la libertad de la prensa, Beranger enarboló francamente la bandera liberal, y celebró con maravillosa elocuencia los hechos gloriosos para la bandera francesa sucedidos en las guerras

de la república y del imperio. La *Santa alianza de los pueblos*, la *Antigua bandera*, el *Cinco de Mayo*, la *Tormenta*, los *Dos primos*, los *Dos granaderos* y otras muchas composiciones han hecho calificarlo con justicia por los franceses de poeta nacional.

Sin embargo, Beranger ha debido lamentar al fin de su vida el haber escrito todas las canciones impías y materialistas que sólo eran á propósito para conservar en el pueblo sentimientos que sus verdaderos amigos deben por el contrario tratar de destruir. En efecto, desconoció la abnegación del *misionero* que no tiene más propósito que ilustrar á las poblaciones de los campos y no supo respetar el noble carácter de la hermana de la caridad. Su patriotismo hubiese debido comprender que las glorias de la religión no son extrañas á las de la nación y que esas bromas irónicas sobre Cristo y las cosas santas no era más que un contrasentido comprometedor para su renombre.

De la historia. — Al caer el imperio, los principales historiadores franceses eran Lacretelle, Michaud y Sismondi. El primero no había visto por lo general en la historia más que un tema para declamaciones sentimentales y se plugo más en la pompa del estilo que en el estudio profundo de los monumentos. Sus relatos eran retratos y cuadros de elegancia á menudo monótona y en sus descripciones de los hombres y de las cosas se comprendía que no se había penetrado del espíritu de las memorias y de las crónicas de las épocas que historiaba.

Michaud, en su *Historia de las Cruzadas*, presintió el advenimiento de una nueva escuela y se esforzó en penetrarse del espíritu de los documentos pasados para narrar las hazañas de Godofredo de Bouillón y de sus imitadores. Sin embargo, no tuvo fe suficiente en el interés que el público toma por esos testimonios de los antiguos tiempos, y desfiguró su sencillez con un aspecto grandioso, ó con reflexiones filosóficas propias del siglo último.

Sismondi había escrito la *Historia de las repúblicas italianas*, lanzándose en medio de aquellas revoluciones sin cesar renovadas, para satisfacer la pasión que su liberalismo exaltado le inspiraba. Este escritor era más erudito que sus antecesores; pero queriendo juzgar con su espíritu escéptico la edad media, quitó á esta época su carácter y le hizo perder el fuego y poesía que el alma de sus héroes contenía.

Guizot tuvo la gloria de dar á los estudios históricos su verdadera dirección determinando el método que la historia debe seguir. Desprendiéndose de toda preocupación, en cuanto sus ideas religiosas se lo permitían, penetró en el secreto de las antiguas instituciones, y reveló en sus magníficos *Ensayos sobre la historia de Francia* el carácter de las grandes revoluciones y de los cambios que se efectuaron en las diversas épocas en el gobierno de la nación. Su curso sobre la *Historia de la civilización en Europa* y de la *civilización en Francia* completó, desarrollándolos un tanto, esos *Ensayos* un tanto sumarios en que se había visto obligado á condensar en cierto modo su pensamiento.

No debe extrañarse que cuando se trata de la constitución de la Iglesia admita Guizot la tesis protestante que no ve en su organización primitiva más que una sociedad democrática, cuya forma se modifica con el tiempo; sin embargo, debe decirse en honra suya que fué el primero que se atrevió á sacudir las preocupaciones que el filosofismo había puesto de moda contra la edad media, y el que tributó homenaje al poder de los obispos y á la acción civilizadora del clero católico durante estos siglos de transición.

Guizot invitaba á los jóvenes á estudiar las crónicas, y les facilitó los medios de hacerlo publicando la colección de las *Memorias relativas á la historia de Francia*. Uno de sus más brillantes discípulos fué Agustín Thierry, que publicó entonces sus *Cartas sobre la historia de Francia* y su historia de la *Conquista de Inglaterra por los normandos*. De aquellas cartas resultaba

que la historia de Francia estaba por escribir todavía, y que Mezeray, Daniel y los demás historiadores, lejos de haber desempeñado bien su papel, no lo habían comprendido siquiera.

Agustín Thierry trazaba un programa completamente nuevo. En vez de entregarse á relatos de batallas y de sitios fantásticos, según lo habían hecho los demasiados numerosos discípulos de Vertot, se volvió á un estudio más serio de los hechos, imponiéndose la más rigurosa exactitud, compulsando las crónicas, penetrándose del espíritu y costumbres de cada época, para no hablar del reinado de Clodoveo en los términos que del de Carlomagno, ni el de Felipe Augusto como el de Luis XIV.

La restauración favoreció estas nuevas tendencias fundando la Escuela de Diplomática. El partido liberal, que no veía en ella más que un medio de perpetuar la ciencia heráldica, y con ella el espíritu de nobleza, protestó contra dicha innovación. Al contrario, Guizot comprendió la importancia del nuevo centro y aprobó la medida. Los resultados pudieron tocarse leyendo la *Historia de la conquista de Inglaterra por los Normandos* de Agustín Thierry, y la interesantísima de los *duques de Borgoña* escrita por Barante.

Filosofía y religión. — La influencia de Alemania y de Inglaterra se hizo sentir particularmente en los estudios filosóficos. La reacción contra el materialismo había empezado bajo el imperio. Royer Collard y Maine de Biran, habían atacado vivamente el sensualismo de Condillac (1811-1814) y Gerando, convertido en historiador de la filosofía, puso de manifiesto la grandeza y brillo del espiritualismo.

Después de Mad. de Stael, que fué la primera en desarrollar las teorías de la escuela germánica, Cousin, que no tenía sistema bien determinado, se dirigió sucesivamente hacia las doctrinas de Kant y de Hegel y fué en sus lecciones intérprete elocuente de la mayor parte de sus principios. Uno de sus más bri-

llantes discípulos, Jouffroy, se consagró particularmente á la escuela escocesa y publicó una traducción de los *Ensayos de filosofía moral* de Dugald Stewart (1828) á la cual siguió la de las *obras completas* de Reid.

Como la nueva escuela no tenía doctrina que le fuera propia, proclamó que en todos los sistemas había un fondo de verdad, y que el único defecto de todos ellos era su exclusivismo. De oír á Cousin y á sus adeptos, el papel de la filosofía actual consistía en discernir lo que de exacto hubiese en las teorías anteriores, sintetizándolo en un vasto sistema de conjunto, que de esta manera sería la expresión completa de la ciencia. Esta nueva doctrina recibió el nombre de *eclecticismo*, y sus adeptos fundaron el periódico el *Globo*, para propagar sus aspiraciones y tendencias.

Jouffroy, Dubois, Pedro Leroux y Damiron escribieron en este periódico, y ninguno de ellos ocultó su antipatía contra la religión. En su pensamiento no entraba la idea de renovar contra las instituciones establecidas los ataques de los filósofos del siglo XVIII. Esta obra de crítica había sido, según ellos, muy útil, aunque quizás tomó tonos muy acerbos; pero no convenía renovarla. Sólo que, en su idea, el catolicismo no podía sobrevivir á las heridas que en la lucha recibiera, y Jouffroy explicaba *cómo acaban los dogmas*.

Bonald, Lamennais, de Maistre y Frayssinous fueron los escritores que protestaron contra esta nueva incredulidad. Frayssinous refutando victoriosamente en sus *conferencias* las objeciones del siglo XVIII, demostró que si éstas habían hecho vacilar por desgracia las almas, no por esto oscurecieron la verdad. Lamennais no se mantuvo sencillamente en la defensiva, sino que se lanzó sobre el campo de los defensores de la fe, y les demostró en su primer volumen del *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión* (1818), que ésta constituye la base de toda sociedad, y que no es posible descuidar los deberes que la creencia impone, sin condenarse al agotamiento y á la muerte.

Este libro produjo el efecto del rayo en la adormecida generación de entonces y la sacó de su letargo. Siendo la religión el alimento esencial de la inteligencia, convenía sacudir toda timidez y tibieza, y la lucha se entabló con increíble ardor. Lamennais no creía que fuera religión digna de este nombre más que el catolicismo, y la unidad católica se personificaba para él en el papa, jefe de la Iglesia universal.

De Maistre aceptó esta teoría, y la expuso en su obra *Del papa* (1819), en la cual rehizo en provecho de esta idea toda la historia de la Edad Media, que la incredulidad del siglo XVIII había falseado sistemáticamente. Bonald fué menos popular; sus escritos, de forma metafísica, convenían á menor número de lectores. Éste se convirtió en defensor de la monarquía absoluta y de la Iglesia; pero la exageración de sus principios sobre el origen y naturaleza del poder, puso á muchos talentos en guardia contra sus doctrinas filosóficas. Sin embargo, tuvo la gloria de defender con tanto éxito como brillantez el espiritualismo contra el materialismo, y siguiendo las inspiraciones de Platón y de San Agustín, definió el hombre diciendo que es *una inteligencia servida por órganos*.

De la elocuencia y del periodismo. — La elocuencia militar encontró de nuevo en Napoleón los sublimes acentos que nos transportan de admiración en los historiadores de Atenas y de Roma, y aun puede decirse que fué más lejos todavía. La elocuencia de la tribuna había permanecido muda; pero « reapareció en las asambleas francesas, dice Cormenin, después de la Restauración, constituyendo tres escuelas: la inglesa, la legitimista y la liberal.

» El orador de la escuela inglesa era Serres y su filósofo Royer-Collard. Ambos tenían como principio la soberanía de la nación; por medio, la jerarquía de los poderes; y por fin, la parlamentaria. En torno suyo marchaban Camilo Jordán, Pasquier, Sainte-Aulaire, Keratry y Lamé.